

¿Qué es la mononormatividad? El paso de una norma a una normatividad en el marco del crecimiento de las relaciones no monogámicas.

Alejandro Chuca -alejandrochuca@gmail.com

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

Recibido: 17-08-2022

Aprobado: 12-11-2022

Resumen: En los últimos años se experimentó un crecimiento en el interés por los formatos vinculares no monogámicos. El concepto de “mononormatividad” es un concepto central del aparato conceptual que se utiliza para comprender el régimen monogámico. En este artículo describo varias dimensiones de la mononormatividad, para luego introducir la distinción entre “norma” y “normatividad”. Con esa distinción intento comprender en qué momento una norma social se vuelve para los sujetos una normatividad. Esa distinción tiene como objetivo acercarme a la pregunta que engloba mi trabajo en general: ¿qué razones están motivando a los sujetos a experimentar formas de relacionarse afectiva y sexualmente más allá de la monogamia?

Palabras clave: mononormatividad; norma social; monogamia; no monogamia.

Abstract: In recent years there has been a growth in interest in non-monogamous relationship formats. The concept of "mononormativity" is a central concept of the conceptual framework that is used to understand the monogamous regime. In this article I describe various dimensions of mononormativity, and then I introduce the distinction between "norm" and "normativity". With this distinction I try to understand at what moment a social norm becomes a normativity for the subjects. This distinction aims to bring me closer to the question that frames my work in general: what reasons are motivating subjects to experience ways of relating emotionally and sexually beyond monogamy?

Keywords: mononormativity; social norm; monogamy; non-monogamy.

Introducción

Este artículo se encuentra en el marco de una investigación doctoral que vengo realizando desde hace algunos años. Lo que van a leer a continuación es el planteo inicial de mi tesis de doctorado. La tesis tiene como finalidad dar cuenta de los procesos que ocurrieron en la vida de algunos sujetos, los cuales les posibilitaron pensar una vida por fuera de la mononormatividad. Por esa razón, el momento inicial de la investigación tiene que ver con definir, pero, sobre todo, con sopesar el peso de la mononormatividad en la vida de los sujetos. Para luego, con ese telón de fondo, comprender las dificultades, las improvisaciones y la experimentación propia que llevan adelante aquellos que intentan un modo de vida alternativo al monógamo.

1. ¿Qué es la mononormatividad?

El campo de investigaciones académicas sobre vínculos no monogámicos comienza a desplegarse a principios del siglo XXI (Barker y Langdridge 2010). Uno de los primeros antecedentes académicos fue el libro “The State of Affairs” (Duncombe, y otros 2004) que incluyó dos capítulos sobre relaciones no monogámicas consensuadas. Al año siguiente, en el 2005, la Universidad de Hamburgo organizó la primera conferencia internacional, titulada “International Conference on Polyamory and Mono-normativity”, en donde aparece por primera vez un concepto central: el concepto de “mononormatividad”, desarrollado por Pieper y Bauer (2006).

Según Pieper y Bauer, el concepto de “mononormatividad” hace referencia a los acuerdos institucionalizados y a las narraciones culturales que sitúan a la diada monogámica como la única legítima, natural y deseable forma de relación, otorgándole sistemáticamente beneficios a quienes viven sus relaciones de esa forma, dejando por fuera a aquellos que son solteros o no monógamos, entre otros modos (2006). Existen varias reglas, discursos, ideas, teorías, regulaciones, leyes y políticas que asumen a la diada monógama como la única forma existente de relacionarse sexual y afectivamente, volviendo a todas las demás formas ininteligibles e incluso impensables.

De esta manera la mononormatividad se suma a los regímenes de normalización sexual y afectivos vinculados a los diferentes géneros como también a las distintas

orientaciones sexuales, de raza y clase social. En ese intento de normalización las prácticas y discursos mononormativos patologizan las demás formas como “promiscuas”, “infantiles”, “irresponsables”, “utilitaristas”, “instrumentales”, “neoliberales”, etc. La monogamia es, dentro del régimen mononormado, algo tomado como dado. Por lo tanto, la monogamia no es pensada como una institución en conformación o en proceso, sino como la forma definitiva de relacionarse. En tanto es la forma automática que moldea las relaciones, la monogamia es el modo que se compondría de forma esencial con la naturaleza humana. Es, por lo tanto, la forma “correcta” de alcanzar en el otro la satisfacción de todas las expectativas y la realización de todos los deseos.

En un entramado complejo que vincula a las relaciones de género, de clase, a las orientaciones sexuales, a la raza, etc., la mononormatividad se convierte también, en un discurso fuertemente vinculado al amor romántico, el cual constituye el código cultural que permite y acompaña la existencia de la monogamia como forma hegemónica y normal. La mononormatividad se vincula, entonces, a las definiciones sobre lo que es ser una mujer, un varón, sobre lo que es el “buen amor”, la convivencia, la familia, la ciudadanía, el hogar, etc.

La mononormatividad y la monogamia no deben confundirse. Así como ocurre con el vínculo entre heterosexualidad y heteronormatividad, la crítica a la mononormatividad no es una crítica a la monogamia como modelo de relacionarse valorándolo positiva o negativamente. Sino que la crítica está dirigida a la normativización que rige en las relaciones actuales que establecen a la monogamia como la forma hegemónica, negando y patologizando las demás alternativas e imposibilitando, sobre todo, otras formas de subjetivación y de estilos de vida. Entendemos, entonces, por “monogamia”, algo distinto. La monogamia se puede definir como la práctica de tener una sola, exclusiva y privilegiada relación sexual y afectiva (Vasallo 2018).

La mononormatividad en tanto conjunto de normas sociales tiene distintas dimensiones en donde se expresa. Entiendo a la mononormatividad como una red compleja de normas sociales en donde encontramos relaciones establecidas entre elementos heterogéneos, como pueden ser rutinas mentales (como hábitos de pensamiento inerciales), discursos (científicos, expertos, de sentido común, etc.),

prácticas corporales, formas o juegos del lenguaje, sentimientos y afectos, elementos y formas de organización del espacio, etc. Si tenemos en cuenta todos estos elementos es para evitar pensar que la mononormatividad es simplemente un discurso o una estructura cognitiva, o tan solo un sentimiento. A su vez para evitar pensar que las normas sociales son simplemente eventos mentales o conjuntos de valores que están en la conciencia de los sujetos o en su vida intersubjetiva, sino para pensarlas en sus múltiples dimensiones, tanto mentales, físicas, afectivas, espaciales, etc. Las normatividades, como es el caso de la mononormatividad, establecen una red de relaciones complejas entre muchos elementos de la vida social. Y es en su ensamble en donde encuentran su acción y eficacia. Los elementos que voy a listar a continuación tratan de aproximarse lo mayor posible a la complejidad constitutiva de la mononormatividad:

- Normalización: la mononormatividad establece como “normal” en el ámbito de las relaciones afectivas solo a los vínculos monógamos. Aquellos vínculos que no sean de este tipo son vistos como anormales, raros, extraños. Esto lleva a que la monogamia se consolide como forma única, produciendo el efecto de establecer a las demás maneras como anormales.

- Naturalización: de modo clásico, la mononormatividad vincula lo normal con lo natural. En esta línea aparecen discursos que van desde el sentido común hasta textos científicos que argumentan que la monogamia es la forma que es propia de la naturaleza humana. Por consiguiente, toda forma ajena a ella es considerada como anti-natural.

- Lo posible: la mononormatividad como conjunto de normas sociales establece que lo único posible y realmente capaz de ser llevado a delante con “eficacia” es la monogamia. Todas aquellas formas otras, aparecen como “utópicas” o “solo lindas en la teoría” y por lo tanto impracticables. El término de “utópicas”, por ejemplo, aparece usado de forma negativa, siendo esta aspiración una especie de ingenuidad. En este sentido la mononormatividad funciona reduciendo el horizonte de lo posible a solo una forma.

- Orden moral: la monogamia es la manera de vincularse que se considera moralmente correcta y está vinculada directamente con el Bien, en un sentido moral elevado. Las distinciones que establece la moral dejan a la monogamia del lado del comportamiento educado, mientras que las otras formas son inmorales, es decir, incorrectas e indeseables para uno y los demás.

- La salud: así como la monogamia es lo natural, es también lo saludable. Aquellas formas de vínculos que no sean estas, pueden caer bajo distintas etiquetas que están establecidas en el discurso médico de forma clara, considerándose enfermedades. Las personas que no pueden sostener solo un vínculo sexual y/o afectivo son catalogadas como “promiscuas”, término proveniente del discurso clínico de la psicológica y la psiquiatría. Aquellas personas que eligen no tener pareja y optan por una vida individual, pueden ser consideradas, desde el sentido común como también desde saberes expertos, como “neuróticos”, “egocéntricos”, “narcisistas”, etc. Los cuales padecerían del cuadro clínico de ser incapaces de sostener vínculos con otros en donde lo fundamental sería poder poner su vida y sus intereses en un segundo lugar.

- Lo esperable: teniendo en cuenta que la mononormatividad es un límite a la capacidad de imaginar, como toda norma social establece también aquello que un sujeto puede esperar del otro, sin tener que explicitarlo ni aclararlo. De esta manera la monogamia, al comienzo de un vínculo, se establece como el modo de relacionarse que el vínculo en un futuro inevitablemente asumirá. Dos personas que comienzan a relacionarse de manera sexoafectiva esperarían de la otra un devenir monogámico en su relación. Aquellos que propongan una alternativa producen una sorpresa, generalmente recibida de forma negativa, en el otro sujeto. Entonces, como ocurre en muchas interacciones sociales, se espera que el comportamiento del otro se inserte dentro de un rango de lo esperable y una alteración de esto puede producir extrañeza, inquietud, disgusto, angustia, etc.

- Madurez y seriedad: es común que cuando las parejas finalmente “formalicen” su relación, lo único que se modifique en ellas es que establecen un pacto de exclusividad, al empezar a considerarse novios o directamente casarse. Eso se

transforma en la medida de lo “serio” de la relación, del mismo modo que se lo considera como algo digno de los adultos, es decir, maduro. Aquellas relaciones que no entran dentro de la monogamia son consideradas como “poco serias”, por ser relaciones por pura diversión y nada más, o solo sexuales, o directamente, como infantiles e ingenuas. Por lo tanto, aquellas personas que no logran “comprometerse” con solo una persona, aparecen en un rango inferior en cuanto a su madurez y seriedad.

- Amor: es posible escuchar uno de los efectos de la mononormatividad al oír: “pasa que nunca te enamoraste realmente”. Según el discurso mononormado, la consecuencia natural y normal del amor es la exclusividad a una persona. Según esto, aquellos que no tengan relaciones monógamas nunca han conocido el verdadero amor, que es un amor que exige exclusividad y privilegio. Toda forma alternativa a la monogamia es declinada como sentimientos menos intensos o reales que el verdadero y real amor, que es el amor que ocurriría solo dentro de un contrato de fidelidad. En consecuencia, las relaciones con formas alternativas son simplemente sexo o “una calentura” o una amistad con licencia para tocarse, pero nunca el “verdadero amor”.

- Desarrollo personal: el amor, en su forma romántica y monógama, es considerada una experiencia que permite la realización y el desarrollo de uno mismo. Aquellos que no experimentaron el sentimiento del amor, siempre en su formato clásico, son personas que “se están perdiendo de algo”. Así como Foucault (2011) afirmaba, críticamente, que en el sexo habría algo que se esconde y que finalmente allí algo sobre nosotros mismos se revelaría al practicarse, se puede pensar que con el amor pasa exactamente lo mismo. Los vínculos amorosos enseñarían y revelarían una especie de esencia escondida que aflora solo con la “verdadera experiencia del amor”, que es la experiencia monógama. Por lo tanto, aquellas personas que no atravesaron determinadas situaciones clásicas vinculadas al amor (enamoramiento, una relación estable, una ruptura amorosa, etc.) tendrían de la vida una experiencia incompleta.

- Configuración del espacio: el espacio habitable, es decir, el espacio en donde efectivamente ocurre la vida social está diagramado bajo las lógicas de la pareja monógama. El diseño de los autos establece la idea de una pareja delante, con los hijos

atrás; las camas matrimoniales son para dos personas; los hogares, por completo, están pensados para que allí viva una pareja; los asientos de a dos en los colectivos, etc. Por lo tanto, de un espacio habitable se espera que sea habitado por dos personas y, en caso de ser más, que éstos sean hijos. Las relaciones que son pensadas por fuera del régimen mononormado necesitan de otro tipo de diseño del espacio que permita una vida confortable, ya que superar el número de dos exige otros lugares que la arquitectura monógama no tiene previstos. En consecuencia, los límites materiales de los espacios clásicos se transforman también en una imposibilidad para el desarrollo de formas alternativas.

- Actitud corporal: la mononormatividad también establece una forma del manejo del cuerpo. Existen gestos (el beso, el abrazo, el caminar de la mano, etc.) que son propios de las relaciones monógamas que entran en conflicto cuando las relaciones ya no son así, y necesitan de otra actitud corporal. Así como los espacios se encuentran limitados por la mononormatividad, los hábitos corporales también se ven transformados cuando un encuentro sexual y afectivo cuenta con más de dos personas. Las sensaciones, los movimientos, los afectos, los sentimientos y las fantasías que ocurren son otras y eso implica otro tipo de relación con la corporalidad.

2. El botón de “Stop” de la escalera mecánica

Según Gatto, “la futurización consiste en un modo cultural cuyas características contribuyen a la producción de lo social a partir de la producción de imágenes de futuro que organizan las prácticas e instituciones sociales, que Max Weber pensó como ‘rieles sobre los que la acción viene impulsada por la dinámica de los intereses’” (2018). Las futurizaciones establecen una forma de la espera, y también formas esperadas por los sujetos. No parece casual que la referencia a Weber y a la analogía con los rieles de los trenes y su consecuente funcionamiento mecánico, nos haga fácil emparentarla con un concepto que circula mucho en el ámbito de las reflexiones sobre las relaciones no monogámicas: “la escalera mecánica de las relaciones”. Este concepto establece también una “futurización” de cómo se deberían vivir y de cómo deberían avanzar las relaciones “serias”, “normales”, “sanas”, etc., en el ámbito de nuestra cultura

occidental. Pero, sobre todo, de cómo deberíamos esperar que una relación avance. Y como veremos, implica también una forma inclinada hacia el futuro, exactamente una futurización, en donde aparecen claras las formas esperadas y las expectativas de cómo puede llegar a ocurrir el devenir de una relación desde sus comienzos hasta su finalización. Su carácter mecánico, pero también su estilo guiado o, también, guionado, establece los rieles por donde van a ir ocurriendo los sucesos que experimenta una relación. Esto puede establecer una normalización, en el sentido de la mononormatividad, pero también establece un código cultural de comprensión mutua que organiza lo imprevisible que puede llegar a ser una relación sexual y afectiva que no cuenta con ningún marco futurizante.

Para seguir refinando nuestro concepto de mononormatividad y, sobre todo, para dinamizarlo y explayarlo sobre el tiempo, entender los guiones afectivos y sexuales que predominan en los procesos de formación de parejas, nos va a permitir verlo en funcionamiento y sobre todo sentir su aspecto etapista. Cito en extenso cada una de las etapas clásicas por las que pasa la formación de una relación sexual y afectiva monógama:

1era etapa: Hacer contacto: Coquetear, citas casuales u ocasionales, y sexo (posiblemente).

2da etapa: Inicio: Gestos y rituales de cortejo romántico, inversión emocional (“enamorarse”), y sexo, casi con total seguridad (salvo con personas muy religiosas o socialmente conservadoras).

3era etapa: Definición: Declaración mutua de amor, presentarse en público como una pareja, adoptar y utilizar etiquetas comunes que definen el rol (“mi novio”, etc), y expectativas o acuerdos de exclusividad íntima (sexual y emocional). Este es el punto donde se puede empezar la etiqueta de “*relación primaria*”.

4ta etapa: Establecimiento: Adaptar los ritmos de tu vida para acomodarse mutuamente. Establecer patrones para pasar tiempo juntos (citas y encuentros

sexuales regulares, pasar tiempo en casa de la otra persona, etc.) y para comunicarse (hablar, telefonar o escribirse de forma diaria, etc.). Expectativas de que se pueden pedir y rendir cuentas de lo que hace cada uno. Empezar a sugerir, discutir o planificar un futuro compartido a largo plazo como pareja monógama. Conocer a la familia de la otra persona.

5ta etapa: Compromiso: Irse a vivir juntos, compartir dinero y propiedades, prometerse en matrimonio.

6ta etapa: Conclusión: Casarse (legalmente, si es posible) y tener hijos (no es obligatorio, pero tiene un fuerte apoyo social). La relación está ahora “completa”, y se espera que su estructura permanezca estática hasta que uno de los miembros de la pareja muera. (Golfxs con principios 2013)

La escalera de las relaciones solo avanza en un sentido, “pero se basa en una lógica circular” (Golfxs con principios 2013). Sobre todo, cuando lo que se experimenta hoy en día es una forma de la monogamia: la monogamia serial. Este modo indica que las personas tienen durante el trayecto de su vida sucesivas relaciones monogámicas, en forma de serie. En donde la escalera mecánica se repite de forma circular, cuando al terminar una relación, vuelve a comenzar otra desde el primer escalón. Hasta que, en algún momento, quizá, con una relación termine el ascenso y la circularidad de la escalera y finalmente se encuentre “el verdadero amor”, el que acompaña hasta la muerte.

Otro aspecto poderoso de la analogía es que en las escaleras mecánicas solo entran dos personas, una al lado de la otra. ¿Casualidad del diseño o mononormatividad? De esta manera no es posible recorrer el trayecto ascendente de la escalera con más de una persona. También es posible subir la escalera más rápido, por ejemplo, a través del esfuerzo físico, subiendo “manualmente” algunos escalones, como cuando uno está apurado. Esto es lo que comúnmente se llama “quemar etapas” si, por ejemplo, una pareja a muy poco tiempo de conocerse decide convivir. Pero no se puede, sin que signifique un conflicto, retroceder en la escalera. Lo que equivaldría, llegado el caso, a dejar de convivir o dejar de tener sexo, implicaría torcer el destino mecánico de

la máquina, salirse de los rieles. Como sabemos, ir en sentido contrario del funcionamiento de una escalera mecánica implica un esfuerzo físico muy grande, para el cual, finalmente, no tendrá ningún resultado, porque no vamos a lograr bajarnos de ahí. La mejor manera de salir de una escalera mecánica es saliendo por el costado, si es que no está el vacío allí, o ya directamente dejándose llevar para abandonarla por arriba.

Entonces, si seguimos refinando el planteo de este trabajo, podríamos decir que lo que se rompió en este último tiempo para algunos sujetos de las sociedades contemporáneas occidentales, más que la monogamia como institución social hegemónica, o más que la crisis de la monogamia como institución organizadora de la vida social, es la escalera mecánica de las relaciones. Ya no hay tal mecanización ni tal futurización paso a paso, escalón a escalón, que proponía la forma mononormada de vivir una relación sexual y afectiva. Y se abren nuevas posibilidades de transitar el mismo espacio.

Lo paradójico para el caso de las escaleras mecánicas es que una escalera mecánica, en tanto máquina, presenta nuevas posibilidades cuando está rota. Si bien cuando una escalera mecánica funciona correctamente logra que los usuarios no hagan fuerza para subir o bajar la escalera, esta función limita a una sola dirección el uso de esta. De tal modo que, por algunas escaleras, mientras funcionan, solo se puede subir o bajar. Pero una escalera mecánica rota, agrega la posibilidad de ser usada tanto para subir como para bajar, aunque ahora, haciendo un esfuerzo. Podríamos decir que lo que estamos viviendo es un hackeo a la escalera mecánica de las relaciones, un tiempo en donde alguien apretó el botón rojo que dice “stop” y ahora, la escalera rota, empieza a expresar más posibilidades que funcionando. Es un caso, particular sin duda, de una tecnología que, en vez de ampliar lo posible, lo limita. Pero también estamos viendo cómo empieza a ser necesario un esfuerzo físico y mental, por establecer nuevas formas de recorrer las trayectorias de vida que ya no están siendo ayudadas por la inercia mecánica de los patrones de funcionamiento tradicionales de la monogamia y comienza a transformarse en un espacio abierto y, por ahora, maso menos indeterminado en donde los sujetos tienen que improvisar sus nuevas trayectorias vitales y proponer nuevas futurizaciones.

Lo que parecería ser un destino inevitable, es la aparición de nuevas escaleras mecánicas, es decir, de nuevas normas o futurizaciones que organicen de algún modo la

vida social posmonogámica. Está aquí un punto nodal de nuestro planteo: no es posible, ni deseable, incluso, esperar un momento cero de la vida social. En donde encontremos, luego de la caída de una normatividad, finalmente el espacio abierto y puro en donde aparecería una sociabilidad sin guiones, ni normas, ni rieles, ni escaleras. Por esta razón es importante desarrollar una sensibilidad sociológica que nos permita diferenciar entre normas sociales y normatividades, y poder ser capaces de sentir el peso absolutamente diferente que hay entre una norma y una normatividad, en donde esta última es un peso, mientras que la primera, más bien un alivio. No podemos pensar, en tanto sociólogos, un mundo sin normas sociales, y tampoco podemos esperar, en tanto sujetos que viven en sociedades, un mundo sin normas sociales, aun deseando lo máximo de libertad que deseemos. Lo que sí podemos esperar es que aquellos rieles a los que se refería Weber, o aquella escalera mecánica de las relaciones a la que se refieren los no monogamos, estén hechas de un acero endeble, proclive de ser moldeable. Y que sea posible que en donde uno vea la firmeza del cemento, al tocarlo, pueda recordar que antes de endurecerse, fue una piedra líquida.

3. El actual derretimiento de la mononormatividad. ¿Cuándo una norma social comienza a ser una normatividad?

Una vez definido y visto el alcance que tiene la mononormatividad y el carácter obligatorio de la monogamia y sus lazos con las demás dimensiones de la subjetividad, es el momento de hacernos las preguntas centrales que estimulan mi trabajo: ¿Cómo es posible, entonces, que algunos sujetos logren pensar, experimentar y sentir por fuera de la mononormatividad, siendo este un régimen de relaciones y de producción de subjetividad que tiene el peso que tiene lo “hegemónico”, lo “natural”, lo “saludable”, lo “bueno” y lo “normal”? ¿Cómo es posible, por lo tanto, que estén ocurriendo vidas distintas más allá de la mononorma y que sean vividas satisfactoriamente? ¿Cuáles son las razones, motivaciones y causas que permiten a ciertos sujetos pensarse más allá de la mononormatividad y experimentar formas alternativas de vivir sus vínculos sexuales y afectivos? En otros términos, la pregunta que me hago es: ¿cuáles son las condiciones que se necesitan para dejar de reproducir una institución dominante para comenzar a producir otra nueva?

No puedo, por ahora, avanzar a establecer hipótesis con las cuales acercarme a alguna respuesta a esas preguntas. Es algo que ocurrirá más adelante. Lo que sí voy a intentar hacer es responder una pregunta de menor alcance sociohistórico, ya que no será necesario reponer las condiciones sociales, culturales, económicas ni políticas del presente, sino que será meramente teórica. Esta pregunta es la siguiente: ¿En qué momento una norma social empieza a ser considerada una normatividad por parte de los sujetos? Y segundo: ¿En qué momento los sujetos empiezan a sentir la necesidad y la posibilidad efectiva de vivir por fuera de esa normatividad?

Es importante pensar cual es la diferencia, aunque vaya a ser sutil, entre un conjunto de normas sociales y una normatividad, sea esta la heteronormatividad o en nuestro caso la mononormatividad.

La intención de un pensamiento sociológico “crítico” no es el de combatir las normas sociales en sí mismas, sino el de pensar críticamente las normatividades. Si bien se suele decir que la teoría queer es un pensamiento en contra de la norma (Weeks 2012: 213), no pienso que esto sea así. Me gusta interpretar que es un pensamiento en contra de las normatividades, sea esta la hetero o la mono u otras por venir. Pero no es, o por lo menos este es el tipo de reflexión que me interesa a mí, en contra de las normas sociales. La crítica, por lo tanto, nunca es a las normas sociales como elemento organizador de la vida social, sino a determinadas normas particulares que se vuelven normatividades. Lo que me interesa es pensar por qué razón una norma social deja de ser tal para empezar a ser considerada una normatividad. La diferencia es sutil en la terminología, pero es fundamental en la vida cotidiana.

4. El estado de ánimo del pensamiento

Más que un rechazo teórico (o valorativo) a la intención crítica de todo pensamiento, sobre todo si como crítica entendemos alcanzar la raíz de las cosas, es decir, ser radicales; lo que me interesa acá alejar es una actitud propia de este estado de ánimo crítico. La teoría social tiene una inclinación intensa a pensar lo social sobre todo en términos problemáticos, obstáculos, asimetrías, injusticias (Gatto 2018: 35) o, como en nuestro caso, como normatividades, que constituyen subjetividades limitadas en donde la posibilidad de salir de ellas no se ve ni a lo lejos. Esto produce un efecto de lectura agobiador, pesado, oscuro y victimizado. De todos modos, empecé este texto

hablando, justamente, de la mononormatividad porque no me parece que haya que abandonar esa instancia. Pero es tan solo un punto de inicio, pero no el punto de llegada de una reflexión. Aspiro a alcanzar un pensamiento que pueda ser posibilitador de vidas nuevas y no solo indicador de imposibilidades. Lo que me entusiasma no es solamente recordar lo negado y hacer una historia o una genealogía de la subjetividad monógama, para finalmente denunciar su carácter hegemónico, naturalizado, normalizado, socialmente construido, etc. sino demostrar lo posible como posible y de contribuir al pensamiento y a la sensación de la posibilidad inminente de lo nuevo.

Para esto me parece necesario abandonar y descentrar la pregunta que se hacía Nietzsche, en el subtítulo de su libro *Ecce Homo*: ¿cómo se llega a ser lo que se es? Esta pregunta articula el pensamiento posnietzscheano y sobre todo la obra de Foucault y de las obras que lo continuaron. Pero me parece que es necesario también hacerse esta pregunta: ¿cómo se deja de ser lo que se es? Esta pregunta implica la posibilidad, para nuestro caso, de pensar cómo son aquellas biografías que llevan adelante una vida no monógama. Esta pregunta posibilitaría, no solo detectar los limitantes y condicionantes de nuestras acciones, sino también pensar en una teoría social que permita imaginar, pensar, producir y lograr modos de ser distintos. Significa la oportunidad de desmontar el peso pesado del pasado, para comenzar a considerar las posibilidades existentes en nuestro presente inclinado hacia el futuro. Significa, también, la posibilidad de tener la experiencia colectiva de sentir a la vida social como un esbozo. Dice Souriau:

Con el fin de plantear bien el problema, partiré de una observación banal, a fin de cuentas, y que ustedes sin duda me concederán sin dificultad. Esa observación, y es también un gran hecho, es el inacabamiento existencial de toda cosa. Nada, ni siquiera nosotros, nos es dado de otra manera que en una suerte de media luz, en una penumbra donde se bosqueja lo inacabado, donde nada tiene ni plenitud de presencia, ni patuidad evidente, ni consumación total, ni existencia plenaria. (..) Nada de todo eso tiene una existencia pronunciada con suficiente fuerza como para que podamos considerarla de una intensidad satisfactoria. (...) De modo que a la pregunta “¿Ese ser existe?”, es prudente admitir que casi no se puede responder según la pareja del Sí o No, sino más bien según la del Más o Menos. (...) Todos sabemos que cada uno de nosotros es el bosquejo de un ser (...) [de un] Ser a realizar. (2017: 228)

A partir de esto podemos reformular las preguntas que nos hacíamos anteriormente, y que constituyen algo así como el objetivo general de mi trabajo: ¿Cómo es posible que algunos sujetos hayan sentido a la monogamia como un esbozo o bosquejo, como un ser que existe, pero más o menos, como una institución social que existe, pero maso menos, sin tanta plenitud ni determinación, viendo ahí la posibilidad de proponer otro esbozo, un nuevo maso menos? ¿Qué debe pasar para que uno vea el inacabamiento de las normas sociales y su carácter ambulatorio, precario, bosquejado, siempre subóptimo, como la oportunidad de proponer otras y no como el lamento de un mundo social que ya no ofrece garantías firmes y certeras? ¿En qué momento uno se siente a sí mismo o al conjunto social como un esbozo? ¿En qué momento se abandona, tanto la idea de tener una esencia o una sustancia que lo hace ser como es, o en qué momento se abandona la idea de ser una construcción social donde pesan sobre sí mismo mandatos, normatividades, restricciones y empieza a entenderse y a entender a los demás como esbozos, borradores, estados abiertos de la materia humana, en donde la inercia que viene del pasado no tiene por qué tener necesaria continuidad?

Esta orientación o este estado de ánimo del pensamiento debería ser útil o inspiradora para llevar adelante una analítica de las posibilidades (Gatto 2018), que permita entender qué eventos o secuencias vitales deben ocurrir en las biografías de los sujetos para que puedan permitirse improvisar, innovar, crear e inventar modos de ser. Para alcanzar ese objetivo, vale tener en cuenta una precaución y es la de no caer en la mera arenga a favor de una vida alternativa por que sí, sino que la analítica de las posibilidades debería ser parte de una reflexión sociológica o de una reflexión propia de las ciencias sociales en donde a través de una reflexión más o menos metodológica, se pueda dar cuenta de las condiciones necesariamente existentes para que tal movimiento en la vida social ocurra.

5. El problema de Hume para pensar las normas sociales y las normatividades

Para empezar a esbozar nuestro modelo explicativo y comenzar a pensar qué son y cómo son las normas sociales y las normatividades, me parece oportuno empezar planteando “el problema de Hume” (Meillassoux 2015).

Hume se propuso pensar la consistencia racional de las leyes universales que gobiernan al mundo. El razonamiento de Hume es sencillo: nada que haya ocurrido en el pasado nos indica lo que necesariamente va a ocurrir en el futuro. Tomemos el caso de la ley universal de la gravedad. Que los objetos se hayan caído siempre, nada nos dice de qué va a pasar con el próximo objeto que esté a punto de caerse. No hay ninguna razón necesaria que garantice que debido a que los objetos se cayeron en el pasado, tengan que seguir cayendo en el futuro. Y la mera acumulación de experiencias con respecto a la caída de los objetos no nos sirve para poder predecir con absoluta certeza, lo que va a ocurrir con el próximo objeto que está a punto o no de caer. De esta manera Hume logra algo profundamente desequilibrante para los fundamentos del orden del mundo como así también nos coloca en una constante actitud de sorpresa frente a la existencia. De ahora en más, luego de tomar en serio estas ideas, frente a cada objeto que está por caerse o frente a cualquier otro fenómeno que esté “sujeto” a alguna ley universal, podemos esperar cualquier cosa, porque es posible y racional esperar que cualquier cosa ocurra. No hay necesidad alguna, en el sentido estricto de necesidad filosófica, de que ocurra lo que ocurrió históricamente. De esta manera las leyes universales que gobiernan “democráticamente” al mundo tienen el poder de mando sobre las cosas solo sobre un periodo, que, como en un gobierno democrático, está limitado. La analogía llega hasta acá, porque no sabemos a ciencia cierta cuándo terminará el mandato de las leyes universales que hasta ahora conocemos. Pero lo impactante que nos da Hume es la sensación de un mundo abierto en donde los fundamentos de lo más sólido, es decir, de aquello que se ganó el estatuto de “ley universal”, también es inestable.

Para una reflexión sociológica como la que estamos haciendo acá para pensar a las normas sociales y a las normatividades, comenzar pensando sobre las leyes universales es absolutamente rico. Si las leyes universales están abiertas en cada caso y en todo momento pueden ser modificadas ¡qué les queda a las normas y a las normatividades! Si, siguiendo con el ejemplo de la ley de la gravedad, en cada caso que un objeto esté por caer existe la posibilidad de que no lo haga, en cada acción social que reproduzca una normatividad existe, entonces, la posibilidad de que no lo haga. Por consiguiente, cada acción social que ocurre puede ser nueva con respecto a lo que ocurrió en el pasado, porque nada de lo que haya ocurrido en el pasado, en términos

puramente racionales, la condiciona a repetirse. Decía Borges: “La inminencia de una revelación que no se produce es, quizá, el hecho estético”. Si traducimos esta frase al ámbito de la sociología, nos quedaría así: La inminencia de una transformación que no se produce es, quizá, el hecho social. Un hecho social, en el mejor sentido durkhemiano, es aquello que, teniendo la posibilidad absoluta de sufrir una modificación o un desvío, vuelve a repetirse igual, en cada caso. Entonces frente a cada inminencia de una transformación que no ocurre, aparece la consolidación del hecho social.

Hume demostró, y luego Meillassoux terminó de consolidar, la idea de que las leyes naturales son provisorias. En el sentido de que la acumulación de experiencia ocurrida en el pasado o en el presente, por la cual se argumentaría la existencia de una ley, nada tiene para decir sobre lo que ocurrirá en el porvenir. De tal modo que ninguna ley natural podrá predecir el comportamiento del próximo suceso a venir. Siempre la próxima experiencia está sujeta a la posibilidad de que lo nuevo ocurra y que esto no tenga nada que ver con el pasado ni con el presente. Entonces: si las leyes naturales están, por lo menos de forma especulativa y teórica, sujetas a la posibilidad de la contingencia radical ¿qué podemos esperar de las normas sociales que son demasiado sociales? Si para el caso de la ley de la gravedad hay que observar si sigue vigente cada vez que un objeto está por caerse ¿qué les resta a las normas sociales? ¿No están éstas, que son de menor calibre, en cada acción social puestas en cuestión? La acción humana ocurre, por lo tanto, siempre dentro la posibilidad, aunque está sea especulativa, de la contingencia absoluta, de que mañana a la mañana todo sea distinto a ayer, porque está dentro de lo posible.

6. El hiper-caos como fundamento para una sociología de lo que podría ser

El carácter abierto del mundo que plantea Hume, en donde no es posible esperar de manera racional un comportamiento estable del universo, ya que las leyes que lo gobiernan son provisorias, lleva a Meillassoux a plantear la existencia del hiper-caos (2018).

El hiper-caos es muy diferente de lo que entendemos por “caos”. Es decir, hiper-caos no es sinónimo de desorden, aleatoriedad ni eterno devenir de todo. Es otra cosa:

La contingencia del hiper-caos es tan radical que incluso el devenir, el desorden o la aleatoriedad pueden ser destruidos por él y remplazados por orden, determinismo y estabilidad (2018: 44).

En este sentido la contingencia del hiper-caos no es necesariamente devenir perpetuo, también puede ser un orden absoluto. De hecho, para Meillassoux, Heraclito “es un terrible estabilizador” (2018: 44), ya que su devenir está obligado a devenir y persistir eternamente en devenir y no puede ser otra cosa. Eso crea una situación dogmática: lo que es debe devenir si o si. No hay, entonces, allí contingencia hiper-caótica, sino previsibilidad. El hiper-caos representa la posibilidad de que la estabilidad del devenir también sea destruida y desaparezca. “No hay, pues, razón alguna por la cual una ley física perdure, o persista, un día más, un minuto más” (2018: 45). Por esta razón, el tiempo no se encuentra gobernado por las leyes de la física, sino que las leyes físicas están gobernadas “por un tiempo desquiciado” (2018: 45).

La metafísica que Meillassoux presenta no es ni una metafísica de la sustancia ni una metafísica del devenir. No hay por lo tanto un sustrato substancial que dé orden definitivo al mundo, ni tampoco hay un devenir constante y estable, finalmente substancial, que dé predictibilidad a lo que existe. Pensadores del devenir como Heráclito, Nietzsche o Deleuze, o para el caso de la sociología, Simmel, que se presentan a sí mismo generalmente como anti dogmáticos, no son sino igualmente dogmáticos que los metafísicos de la sustancia, ya que establecen al devenir como un principio fijo al cual deben atenerse todas las cosas existentes. Si un principio metafísico, como el del constante devenir, es un deber ser al que tiene que ajustarse lo existente, esas filosofías proponen uno tan rígido y dogmático como las metafísicas de la sustancia. Por lo tanto, no hay necesidad ni de una sustancia, ni de un devenir, sino que hay un hiper-caos.

Este tiempo hiper-caótico es capaz de crear y destruir incluso el devenir, produciendo sin motivo fijación o movimiento, repetición o creación. Es por ello por lo que creo que definitivamente el problema de la filosofía no es el ser o el devenir, la representación o la realidad, sino una posibilidad muy particular, que no es una posibilidad formal, sino real y densa, que denomino como “peut-être” (el quizá). En francés, diría: *l'affaire de la philosophie n'est pas l'être, mais le peut-être*. La principal preocupación de la filosofía no es el ser, sino lo que podría ser (el “quizá”) (2018: 46).

7. La monogamia como estructura social fundamental

Resulta evidente que la monogamia es una institución estructural de las sociedades occidentales. Esta tiene un lugar protagónico en la constitución de las vidas de los sujetos al organizar su vida. La familia, organizada bajo la forma de la monogamia, fue durante mucho tiempo la unidad social básica por la cual se estructura la constitución de las sociedades modernas occidentales. En esta línea, me parece necesario entender a la monogamia como una estructura social. Entenderla de esta manera nos va a permitir otorgarle el peso que tiene, como así también contar con los recursos conceptuales necesarios para afrontar un inminente cambio social que puede llegar a tener consecuencias importantes. Es común que se use el adjetivo “estructural” de forma coloquial para referirse a algo sumamente importante. Es en ese sentido que también lo utilizo. Pero más que nada, lo utilizaré en un sentido sociológico, al incorporar la noción de estructura como punto de partida para el análisis de los cambios que experimentamos en el universo de la intimidad.

Como sabemos, el concepto de estructura se utilizó muchísimo en las ciencias sociales. Pero pocas veces fue definido y conceptualizado en profundidad. Se lo tomaba, muchas veces, como un concepto evidente. Al ser una metáfora proveniente de la arquitectura, pareciera ser que todos entendemos de qué hablamos cuando hablamos de una estructura: algo sólido, fuerte, necesario e inevitable, que es primero, y que es capaz de sostener el resto de los elementos, etc. Pero si mantenemos al concepto de estructura cerca de la metáfora arquitectónica, cometeremos el error de utilizar un concepto demasiado rígido. La estructura de un edificio no se modifica. Una transformación en ese punto llevaría como consecuencia un derrumbe de este. Eso no pasa en la vida social. Una transformación estructural, hemos visto varias, no trae como consecuencia necesaria un derrumbe. En consecuencia, si pensamos en una estructura será necesario abandonar su origen metafórico, como base arquitectónica fundamental de una construcción, para pensar en una forma de organización de los elementos propios de la estructura que sean capaces de transformarse, incluso de desfigurarse.

Vamos a listar algunas características propias de las estructuras sociales que sintetiza Cristiano (2017: 128-130) para esclarecer a qué nos referimos cuando hablamos de la monogamia como una estructura social fundamental. Esto también puede funcionar, a su vez, como un *check list*, para comprobar si la monogamia como institución pertenece al rango de lo estructural en nuestras sociedades: Veamos:

1. Hablar de estructura es hablar de algo fundamental o que vale como básico o constitutivo de una realidad social, y que por ende se contrapone a lo secundario, aleatorio o contingente.

2. Hablar de estructura es hablar de aquello que permanece en el tiempo y que se diferencia por tanto de la “coyuntura” o figuras parecidas.

3. Lo estructural connota la idea de elementos y configuraciones de elementos relacionados entre sí. Por lo general no se hace referencia a la “estructura” a algo monolítico y uniforme, sino a componentes heterogéneos cuyas relaciones encierran algún tipo de totalidad.

4. La totalidad relacional es además un todo ordenado, en el sentido de que las relaciones que lo configuran no son puramente aleatorias. En este punto, la noción de estructura tiene conexión con las ideas de “sistema”, “orden” y otras similares, con las que muchas veces se confunde o se superpone.

5. Lo estructural tiene que ver con el modo en que la estructura se conecta con los actores y con las acciones. La idea de estructura implica una lógica de funcionamiento propio, relativamente independiente de las acciones, las intenciones y el conocimiento de los actores. La clave de esta afirmación está en el sentido que se asigne a la palabra “relativamente”, que desde ya supone que la estructura no es *totalmente* independiente de la acción.

Sobre este último punto sensible, Cristiano desglosa tres criterios más:

a. La estructura depende para actualizarse, para cobrar vida social, de las acciones que realizan actores concretos. La estructura como tal no existe como realidad sociológicamente relevante a menos que existan actores que la pongan en movimiento.

b. Sin embargo, que dependa de las acciones no significa que dependa de la voluntad y de la consciencia de los actores, que pueden contribuir a actualizar la estructura sin necesidad de saber que lo están haciendo y sin pretensión explícita de hacerlo.

c. La estructura, sin embargo, debe considerarse el producto de la acción (o más precisamente de las acciones), en el sentido de que la acción es condición necesaria no solo de su actualización una vez que existe, sino de su producción, como tal estructura,

y de cada uno de los elementos que la componen. Su existencia es inconcebible sin el orden pre-emergente de las acciones.

Si repasamos, y continuamos con el *check list*, obtenemos lo siguiente: 1. La monogamia es fundamental y básica para la vida social. 2. La monogamia permanece en el tiempo y no es una forma meramente coyuntural. 3. La monogamia establece relaciones entre elementos heterogéneos que constituyen algo así como una "totalidad". 4. La monogamia es una totalidad relacional ya que los elementos que la constituyen no son aleatorios. 5. La monogamia está vinculada, como estructura, (a) a los actores que la producen y la reproducen, (b) es también independiente de la voluntad y conciencia singular de los sujetos, (c) pero es el producto de las acciones de los sujetos quienes la actualizan en cada una de las acciones que llevan adelante.

Tenemos, entonces, una afirmación: la monogamia es una estructura social. Pero a estos elementos listados anteriormente les falta uno que será importante para entender cómo la monogamia pasó de ser, para algunos sujetos, una norma social a una normatividad. Las estructuras sociales cuentan con dos elementos que las componen: reglas y recursos. Las reglas constituyen la parte constrictiva de las estructuras sociales, mientras que los recursos conforman la parte habilitante de las estructuras (Giddens 2006). El ejemplo clásico para este caso es el del lenguaje. El lenguaje está repleto de reglas y límites (ortográficos, sintácticos, gramaticales, etc.), pero a su vez nos otorga muchísimos recursos, tantos que serían imposibles de listar. Pero ¿Cuáles son los límites constrictivos que establece la monogamia y cuáles son los recursos habilitantes que posibilita la monogamia?

Las reglas y límites que establecen la monogamia aparecen esclarecidos y filtrados directamente en la descripción de la mononormatividad. Y tienen que ver con el peso negativo y prescriptivo que tiene sobre los sujetos al vincular a la monogamia con lo bueno, lo natural, lo saludable, lo romántico, lo maduro, lo sensible, lo correcto, etc. obturando la posibilidad de otras acciones divergentes. No nos queda mucho más por decir sobre los límites de la monogamia, los cuales se sintetizan en el concepto de mononormatividad. Nos falta, por consecuencia, pensar en los recursos que la estructura monogámica les otorga a los sujetos para llevar adelante su vida.

8. Los recursos de la monogamia

Las parejas se “soportan”. No solo en el sentido coloquial del término, sino también en un sentido sociológico, como lo piensa Martuccelli (2007). La pareja es un soporte emocional. Cuando pensamos en la idea de soportarse el uno con el otro, pensamos en cómo un sujeto enfrenta una dificultad nodal de su vida: sostenerse frente al mundo. La idea de soporte presupone, evidentemente, la idea de una fuerza de gravedad. No solo en el sentido físico, de algo que empuja hacia abajo, sino en tanto que podemos vincular “gravedad” con dificultad. Mantenerse con vida significa una dificultad. En donde la solución radica en mantenerse soportado por los demás. Implica, lógicamente, considerarnos sujetos con los otros y al estar sujetos con los otros, estar vinculados a la vida. Es una declinación sociológica de la idea fundamental de Heidegger de pensarnos como un ser-con, y no solo como un ser, en donde las relaciones vendrían luego, más bien como un accidente. La noción de soporte instituye la idea de que la vida o la vida social, es exactamente lo mismo, es posible solo en un mutuo soportarse. Como afirma Martuccelli: no hay individuos sin un conjunto importante de soportes. “La estabilidad del individuo no hay que encontrarla ni en su interioridad ni en su trabajo narrativo” (2007), sino en cómo arma la red de sociabilidades que le permite vivir satisfactoriamente.

La paradoja fundamental de los soportes es que cuanto mejor hacen su “trabajo”, más invisibles se vuelven. Un empresario exitoso pareciera ser un perfecto individuo: autónomo, fuerte, libre. Pero es un sujeto que está estrechamente soportado por miles de relaciones, que van desde sus relaciones micro, como la familia y amigos, a las meso, como su propia empresa, a las macros, el mercado y el estado. Un empresario exitoso está, finalmente, más soportado por los demás que cualquier otro sujeto. Pero la polivalencia y la eficacia de sus soportes los terminan diluyendo para volverse invisibles, tanto que puede considerarse, y ser también considerado por los demás, como un auténtico individuo. Pero cuando estos soportes fallen en un sentido que no les sea favorable, su mundo se derrumbará. Del mismo modo que se derrumbaría la vida de cualquiera, si sus soportes son puestos en crisis.

“Los soportes, a diferencia de los recursos o capitales, no es algo que se posee o no de una vez para siempre. Cuanto más relacional sea ese soporte, menos control se tiene” (Martuccelli 2007). Por lo tanto, todo soporte relacional es, por definición, volátil.

Si el soporte es un objeto (por ejemplo, una consola de videojuegos) el control que tengo sobre él es mucho mayor.

Lo propio de los soportes es de tener una faz activa y de transmitirnos un estado de suspensión social. La idea romántica del amor es exactamente esa:

Para numerosos individuos, la pareja parece ser tanto más necesaria en la medida en que actúa, a partir de su formación, muchas veces, como un tapón frente al mundo exterior, así como una prenda de nuestra sociabilidad íntima. A la vez un lugar de protección y expresión de sí. Es este el que permite, muy frecuentemente, amortiguar los problemas exteriores, al permitir por el reaseguro psíquico que trasmite, atravesar etapas difíciles (Martuccelli 2006: 88).

Hay algo que resulta transparente, pero hay algo que no. Es claro que la pareja monógama es un soporte fundamental para muchos sujetos. Pero lo que venimos observando, en estos últimos años, es que este soporte fundamental está siendo cuestionado y puesto en crisis. En un contexto social de fuertes cambios en cada esfera de la vida contemporánea, en donde la pareja funcionaría, como dice Martuccelli (pero como se puede escuchar en cualquier conversación) como espacio de suspensión, como burbuja frente a la hostilidad del mundo, empieza a ser cuestionado y puesto en duda, sumando ahora otro espacio más de tensión y revisión en nuestra vida. Ya no son solo los cambios que ocurren “afuera”, en el trabajo, en la política, en la religión, en la salud pública, etc., sino que también se le suma a esto un nuevo espacio de dudas, miedos e incertidumbre al comenzar a revisar y cuestionar aquel lugar que debería ser nuestro soporte fundamental: la pareja. Cuestionar la monogamia es, por lo tanto, volver tensionado un lugar que esperábamos que sea tranquilo. Uno puede cuestionarse la calidad de soporte de una pareja que tenga y terminar esa relación para comenzar, quizá, otra. Pero ahora no es eso lo que está ocurriendo. No se cuestiona a una persona que ocupa ese lugar, sino que se cuestiona al soporte mismo, en su función más propia.

¿Por qué, entonces, algunos sujetos asumen el desafío, muy difícil, de repensar sus propias seguridades afectivas? ¿por qué razón si hay un espacio que permitiría reducir la complejidad del mundo en donde se encontraría el placer y la calidez del “amor”, hay algunos sujetos que quieren revisar esas condiciones para establecer otras? ¿Es un error contemporáneo abrir otro campo más de transformación en un mundo acelerado ya demasiado propenso al cambio? A menos que tengamos una hipótesis

autodestructiva de la sociedad, esto debería llamarnos poderosamente la atención: ¿por qué los sujetos ponen en discusión un lugar que tendría la potencialidad de soportar las hostilidades del mundo contemporáneo? ¿Cómo hacemos para entender que estamos cuestionando nuestro soporte fundamental?

Mi hipótesis, entonces, es la siguiente: la pareja monógama ya no es más, para algunas personas, un soporte eficaz. Si la monogamia es una estructura social con recursos y reglas, ahora quedó vacía de recursos y lo único que persisten son sus reglas y límites, su aspecto coercitivo. La monogamia pesa, para algunos sujetos, solo como un conjunto de limitaciones que a cambio no otorgan ningún alivio.

9. Una estructura vacía de recursos

El lenguaje, como sabemos, es una estructura social. Y, como tantas otras, nos la “imponen” durante el proceso de socialización. Pero sin embargo no vemos a nadie reclamando: ¡déjenme de imponer el lenguaje! ¡abajo la lenguajenormatividad! Pero sin embargo el lenguaje nos limita en un montón de aspectos. Y casi que para cada palabra que usamos debemos respetar una regla. Pero el uso del lenguaje nos da muchísimo. Me refiero a este ejemplo clásico, porque, como ya se ha dicho muchas veces, el lenguaje es una de las estructuras en donde mejor se ve la dinámica de la constricción y habilitación que es propia de estas.

Nuestro problema no es, entonces, con las normas. Hasta los modelos sociales más libertarios que hemos podido imaginar, como es el anarquismo, necesitan de la existencia de las normas para alcanzar una convivencia social no dolorosa. De hecho, las sociedades libertarias depositarían aún más peso en las normas que otras. Sobre todo, porque no habría leyes ni un estado ni fuerzas del orden que presionen “exteriormente” a los sujetos. La norma, en su carácter más tácito, sería esencial para poder vivir con otros en una sociedad anarquista. La norma sería incluso mucho más necesaria. Por lo tanto, es importante distinguir entre una norma y su utilidad para la vida social y la normatividad y su inutilidad para la vida social. Nuestra problematización tiene como propósito central pensar a la normatividad y a su surgimiento a partir de una norma que se vacía de recursos potenciadores de la vida de los sujetos.

El cuestionamiento a ciertas normatividades no tiene que ver con la posibilidad de los sujetos críticos o iluminados que pueden dar cuenta de ciertas normas ocultas, pero, paradójicamente, a su vez sistemáticas, que nos limitan. Sino que se puede dar cuenta de la existencia de esas normas devenidas normatividades, porque estas dejaron de ser productivas para la vida social. No es el proceso de revelar esas normas ocultas lo que las convierte en normatividades coaccionantes y violentas. No tiene que ver con un descubrimiento, no hay nada cubierto: siempre estuvieron ahí. Es en realidad la caída en desuso de esas normas, que ya no facilitan la vida como lo hacían antes, lo que las pone en evidencia. En ese proceso se vuelven visibles, pero, sobre todo, se vuelven toscas, molestas, violentas. Cuando una norma se rompe, es el momento en el que se evidencia su existencia. Es el sonido de su “crack” lo que hace que miremos hacia ahí. Ese ruido, como si lo hiciera alguien que está escondido, nos delata su presencia.

La crítica a la monogamia no es a su carácter impuesto, como afirmaban desde los anarquistas a los actuales pensadores queers, sino a su incapacidad para brindar soporte a los proyectos de vida de los sujetos. Lo que se denuncia, en realidad, no es su carácter impuesto (¿quién, acaso, decide sus condiciones de vida?) sino su inutilidad social, su incapacidad para producir aquello que los sujetos están deseando o necesitando. Nuestra búsqueda no es la de la pérdida de límites por los límites mismos, sino la de aquellos límites que se volvieron fútiles.

Cuando un poder se vuelve burdamente visible, perdió poder. Decía Foucault: “el poder es tolerable solo con la condición de enmascarar una parte importante de sí mismo” (2011: 83) Ahora, nosotros, podemos ver a la monogamia como una institución que se nos presenta como obligatoria y normativa, no tanto por nuestras cualidades vanguardistas o por nuestra capacidad aguda de análisis, sino porque ocurrieron ciertos procesos, todavía no sabemos bien cuáles, que la vuelven visible y, con ello, entra en el campo de lo pensable y cuestionable, como a su vez aparecen las opciones distintas a ellas, como imaginables y realizables.

Podemos pensar el siguiente caso: cuando a alguien lo invitan a un casamiento o a una fiesta, es probable que lo inviten y anoten en la lista de invitados, lo siguiente: el nombre del invitado y “+ 1”. Así esa persona puede ir con su pareja. Ese “+1” que parece llevar consigo todo el anonimato y abstracción que contiene un número, no es sino algo pleno de contenido. Ese número que parece ser la abstracción más objetiva de todas,

más fría y vacía, es, al final, una expresión de la potencia mononormativa. El número, a su vez, aparece sumando. La virtud del poder es su inocencia, pero también su capacidad de producir, de sumar. Y cuando aparece escondido en lo abstracto, es decir, sintético e invisible, mejor aún. Ahora ya no vemos más en ese “+1” como simplemente un número, neutro y abstracto, universal y bueno, invitando a una fiesta. ¿Cómo es que eso se nos volvió una posibilidad del pensamiento?

Macedonio Fernández tenía una ontología, o un chiste, da igual, porque en él son lo mismo, para lo que existe: “las cosas tienen una constante: estorbar, y una momentánea: servir” (2020: 144). Esto lo podemos pensar para un mueble al que hay que evitar todos los días, excepto en ese momento puntual en el que vamos a buscar algo ahí. Pueden pasar días o meses en el cual la única función que cumpla sea la misma que la que cumple un cono: ser eludido. Pero también podemos pensar esto para la vida social: las estructuras sociales tienen una constante: estorbar, y una momentánea: servir. La monogamia, el concepto de mononormatividad lo dice claro, para algunos sujetos solo estorba. Es in-soportable, porque ya no soporta más. Si lo decimos con las palabras de Macedonio, podemos decir: una normatividad es una norma que ahora solo estorba y ya no sirve más, ni momentáneamente.

La crítica verbalizada a la mononormatividad es a sus límites y a su supuesto carácter coercitivo y hegemónico. Y ese es el remante liberal que tiene nuestro pensamiento sobre la vida social y, sobre todo, sobre cómo hacer una vida social mejor. No es su carácter limitante ni coercitivo lo que nos molesta de algo, sino su futilidad. La confusión viene a que cuando una norma deviene una normatividad, lo único que queda de la norma son sus restos. Para usar una expresión clásica de la sociología, solo queda la *stahlhartes Gehäuse*, su jaula vacía.

Cuando una norma o una regla se encuentra en uso, es autosuficiente, no necesita ser legitimada. Lo único que necesita es que la juguemos. “El imperativo de la regla es pragmático, no ontológico (...) Hay una primacía del uso en detrimento de la idea o el argumento” (Schaffhauser 2012) Por eso es posible y no imposible, como sería en el caso de que fuera ontológica, de modificar. Una norma no se modifica con otro argumento, sino con otros usos. No son nuestros textos en contra de la mononormatividad los que la están derrumbando. Son nuestros usos no monógamos los que la debilitan. Hay una brecha fundamental entre la norma y la ejecución. Esa

brecha es por donde entra el aire fresco al mundo social. “Si la regla fuera autosuficiente (como lo es una ley natural), tan clara y nítida que solo cupiera un solo modo para ejecutarla no habría la más mínima diferencia entre el ser humano y el animal o la máquina en tanto que agentes de la regla” (Schaffhauser 2012: 14) Como afirma Schaffhauser, “usar una regla no es una percepción, sino una sensación” (2012: 28). La sensación que produce una norma es la del alivio de tener una guía en la acción. En cambio, lo que produce agobio, es la normatividad, que no es otra cosa que una norma en desuso.

No hay que entender, entonces, el funcionamiento de las normas o reglas de manera cognitiva o instrumental. Las reglas no están ahí porque nos convengan o nos interese que estén. Sino porque en nuestra relación intencionada con el mundo, sentida y vivida, las normas nos producen alivio frente a la contingencia absoluta que sería un mundo social sin normas. Las teorizaciones pueden llegar a decir, probablemente de forma poco certera, que las normas o reglas son útiles o prácticas para la vida. Pero en realidad son formas instrumentales de ver algo que es más bien del carácter afectivo. Ya que las reglas producen alivio en los sujetos que actúan. Como así también pueden causar agobio o tantos otros afectos, cuando devienen normatividades. Por lo tanto, las normas no son el producto de una voluntad de organizar o gobernar el mundo, tampoco de una racionalidad instrumental calculadora, sino de la necesidad de producir un mundo aliviado y pleno en confianza en donde es posible delegar decisiones y acciones en otros.

El debilitamiento de una norma social no implica solo un fenómeno sociológico, como tampoco solo un movimiento social, ético o político, sino también una novedad gnoseológica, en donde es posible conocer un fenómeno nuevo. Dice Weeks para el caso de la heteronormatividad:

El intento de definir la “homosexualidad” como forma “anormal” de la sexualidad exigió una definición más precisa de “heterosexualidad”, en tanto norma (1998: 204).

La paradoja de las normatividades es que cuando se vuelven conceptualizables y pensables, cuando se puede, porque se vuelven evidentes, describir y decir que son un entramado de discursos, leyes, políticas públicas, edificios, programas educativos, etc, ¡todo eso! es, justamente, el momento en que menos poderosas son. El momento en

que las normatividades empiezan a perder entidad, coincide con el momento en que empezamos a poder describirlas como tales. Volverse evidentes, por lo tanto, visibles, sonoras, es el momento en donde una normatividad entra en crisis. La descripción que se hace de una normatividad es, generalmente, la de sus ruinas. Es decir: nombrar a una normatividad es también hablar del comienzo de la crisis de una norma. En donde el nacimiento conceptual de dicha normatividad es contemporáneo con el comienzo de su debilitamiento. Que no ocurre, insisto, por la horadación crítica de nuestra oralidad aguda, sino porque anteriormente, de un modo mucho más silencioso que nosotros, fue vaciándose de recursos, soportes y habilitaciones. El pensamiento es, una vez más, una ambulancia que inevitablemente llega después del accidente.

Siempre se escribe más sobre los sistemas normativos (heteronormatividad, patriarcado, mononormatividad, etc.) y la historia de su opresión, que sobre por qué razones se nos volvieron insoportables ni sobre por qué empiezan a, con velocidades diferentes, derretirse. Pensar más en cómo se sale de un sistema y qué cosas deben pasar para que haya una transición de uno a otro, me parece más vital que hacer la genealogía o la historia de esa coerción, la cual, si empieza a ser visible y evidente, ya deja de ser tan efectiva y comienza su crisis. Por eso propongo hacer una analítica de las posibilidades y empezar a intentar entender cómo surgen las posibilidades de vidas otras, que hacer un listado pormenorizado de los límites y obstáculos que existen en nuestras vidas. Sobre todo, porque esto conlleva una idea ingenua de la libertad, que dice: somos más libres cuantos menos límites tenemos.

Es falaz pensar que las relaciones no monogámicas son, como decían los anarquistas, “amor libre”, es decir: finalmente la libertad. En los círculos no monógamos todo el tiempo aparecen nuevas normas. Sobre cómo comunicarse, sobre cómo gestionar los celos, sobre cómo establecer acuerdos, etc. También existen dispositivos terapéuticos dispuestos a ayudar, como así también talleres, clínicas, círculos de experiencias, etc. Y la mayor cantidad de textos escritos sobre el tema son libros o artículos de autoayuda que dicen o sugieren lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer. Hay, de hecho, un libro que llamado *Ética promiscua* (Easton y Hardy 2013), que es considerado como “la biblia del poliamor”. Si uno lee el libro encuentra un texto mucho más intenso en guiar nuestro comportamiento que la propia biblia, que es un libro extraño, metafórico y muchas veces contradictorio. ¿Quiere decir esto que ya hay

una polinormatividad, como afirman algunos autores? En todo caso, habrá una polinorma. Lo que sí creo es que se está gestando una norma social para vivir este tipo de relaciones que va a contener, como venimos diciendo, sus límites y sus recursos. Esto evidencia una cosa: la demanda de guías o ayudas para vivir las nuevas formas no monogámicas que surgen no es una exigencia en contra de una imposición mononormativa, sino que es una búsqueda vinculada a la necesidad de un aumento de los recursos para vivir en la sociedad actual.

La ruptura de la mononormatividad nos va a liberar del aspecto negativo. De la jaula de hierro vacía en la que podemos sentir que nos encontramos. Pero nos vamos a quedar sin el aspecto “positivo”, de la contención y los recursos, de la habilitación y la posibilidad. En el libro de Ernesto Meccia *Los últimos homosexuales* (2021) vemos claramente algo similar a lo que podría estar ocurriendo para nuestro caso de estudio. Un cambio social, por más “emancipador” o “liberador” que fuera, implica para los sujetos un sismo desde el cual van a tener que diseñar una nueva vida. Para el caso estudiado por Meccia, cuando los homosexuales comienzan a vivir en el mundo de la gaycidad, es decir, en el mundo social en donde se deja de considerar a la homosexualidad una patología y empieza a ser simplemente una forma de vida, se encuentran con que tienen que aprender las nuevas reglas de ese mundo que ya no es en el que supieron, a pesar de todo, vivir:

Los efectos que produjo la objetivación de la homosexualidad, esto es, ver la homosexualidad desde la gaycidad, son múltiples. Ver el mundo desde afuera o ver el mundo desde otro mundo implica la movilización de una ingente cantidad de energía cognitiva y emocional que muy probablemente posea una valencia doble: para una persona proveniente de la experiencia homosexual verse desde la gaycidad puede suponer tranquilidad y placidez como estupor y temor (2021: 73).

¿No podría estar pasando esto mismo en el mundo nuevo que se abre con las relaciones no monógamas? En donde es posible una experiencia de tranquilidad y placidez al sentir la posibilidad de probar nuevas formas de relacionarse, pero a su vez estupor y temor por no saber cómo llevar adelante lo nuevo.

Sigue Meccia:

Tranquilidad y placidez porque a veces es un alivio descubrir que el mundo propio no es el único mundo posible; pero también estupor porque otras veces las cosas desde afuera se ven tan distintas que la nueva visión más que una “propuesta” para pensar el mundo en plural parece una amenaza al mundo propio, porque no deja de meter dudas en todo aquello que se explicaba a sí mismo, de tan naturalizado que estaba. Es más: si el mundo que se objetiva poseía pautas de sociabilidad intensas, en algún punto, la nueva visión representa una herida al sentido de la pertenencia porque las cosas del nuevo mundo se dicen desde él a través de un lenguaje pedagógico que no hace más que agrietar lo que eran evidencias (2021: 73).

Meccia escribe esto a hombros de las ruinas de la heteronormatividad. ¿No estamos nosotros trepando otras similares ruinas y ahora podemos ver lo que nos vendrá con el debilitamiento de la mononormatividad? Lo que muestra el libro de Meccia es que del otro lado también nos esperan otras normas. Es verdad que muchas de esas, para sus entrevistados, son molestas, estúpidas, superficiales o indeseadas, pero ninguna tan molesta ni insoportable como la heteronormatividad. Ingresar al mundo de la gaycidad implicó para estos hombres aprender los nuevos códigos del mundo que llegaba. ¿Es, entonces, la norma o la normatividad lo que molesta?

Para terminar, quiero reescribir esta frase de Weeks: “La teoría queer adquiere su sentido a partir de su postura opuesta a la norma” (2012: 213). En cambio, diría: La teoría (queer) adquiere su sentido a partir de su postura opuesta a la normatividad.

10. ¿Cómo seguir?

Una vez hecha la distinción conceptual entre “norma” y “normatividad” y establecido el estado de ánimo que pretendo que mi investigación tenga, entiendo que debería seguir indagando ciertas cosas. Por un lado, intentar comprender qué pasó al interior de la monogamia como institución para que los sujetos se ven interesados en experimentar e innovar en un aspecto tan sensible como es el de los vínculos amorosos en el marco de la incierta sociedad contemporánea. Para eso el concepto de “monogamy gap” de Anderson (2012), que me gusta traducir como “el hueco de la monogamia”, es una pista para seguir. Anderson plantea que en la actualidad la monogamia está tensionada por dos fuerzas: por un lado, el interés vigente de los sujetos de tener una relación afectiva y sexual estable, pero por otro lado el interés también intenso de tener una vida sexual diversa que la pareja monógama no podría

ofrecer. Indagar en esta disonancia y explorar sus efectos puede ser una posibilidad para entender por qué algunas personas se ven motivadas a abandonar la monogamia como formato vincular.

También considero que será necesario comprender los procesos “externos” a la monogamia, que puedan ser considerados como productores de la posibilidad de pensar por fuera de la mononormatividad. Me refiero a las últimas transformaciones en los roles de género, en los cambios tecnológicos, en el devenir de la economía capitalista de los últimos años, etc. Estos procesos pueden brindar información sociológica sobre cómo la monogamia en tanto institución pueda estar quedando dislocada con respecto a estas últimas transformaciones sociales.

Luego de tener ese marco, me parece interesante observar el proceso creativo que ocurrió en aquellas biografías que se lanzaron a experimentar en formas no monogámicas de vincularse, entendiendo su esfuerzo como experimental. Para intentar observar qué recursos y qué limitaciones vivieron al momento de emprender la búsqueda de su forma vincular.

Bibliografía

- Anderson, E. 2012. *The Monogamy Gap: Men, Love, and the Reality of Cheating*. Oxford: Oxford University Press Inc.
- Barker, M., y Langdridge, D. 2010. *Understanding non-monogamies*. New York: Routledge.
- Bauer, R., y Pieper, M. 2006. «Polyamory and Mono-normativity - Results of and Empirical Study of Non-monogamous Patterns of Intimacy. (artículo no publicado).»
- Cristiano, J. 2017. *Imaginación y acción social. Elementos para una teoría sociológica de la creatividad*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Duncombe, J., Harrison, K., Graham, A. y Marsden, D. 2004. *The state of affairs*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Easton, D., y Hardy, J. 2013. *Etica Promiscua*. Madrid: Editorial Melusina.
- Fernandez, M. 2020. *Cuadernos de todo y nada*. Buenos Aires: Corregidor.
- Foucault, M. 2011. *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad del saber*. Buenos Aires : Siglo XXI.
- Gatto, E. 2018. *Futuridades*. Rosario: Casagrande.

- Giddens, A. 2006. *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Martuccelli, D. 2006. *Leciones de sociología del individuo*. Lima: Transcripción de un curso dictado en Lima.
- 2007. *Cambio de rumbo. La sociedad a la escala del individuo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- 2007. *Gramaticas del individuo*. Buenos Aires: Losada.
- Meccia, E. 2021. *Los últimos homosexuales*. Buenos Aires/Santa fe: Eudeba/Ediciones UNL.
- Meillassoux, Q. 2015. *Después de la finitud*. Buenos Aires: Caja Negra.
- 2018. *Hiper-caos*. Salamanca: Holobionte.
- Golfs con principios. Enero de 2013. *Golfs con principios*. 16
<http://www.golfsconprincipios.com/golfsconprincipios/la-escalera-mecanica-de-las-relaciones/>.
- Schaffhauser, P. 2012. «Los juegos de la regla: Wittgenstein y las ciencias sociales de la acción.» *Intersticios sociales*.
- Souriau, E. 2017. *Los diferentes modos de existencia*. Buenos Aires: Cactus.
- Vasallo, B. 2018. *Pensamiento monógamo, terror poliamoroso*. Madrid: La oveja roja.
- Weeks, J. 1998. «La construcción de las identidades genericas y sexuales. La naturaleza problemática de las identidades.» *Colegio de México*.
- 2012. *Lenguajes de la sexualidad*. Buenos Aires: Nueva visión.